1803.

ORACION PANEGÍRICA

SOBRE

EL TRIUNFO DE LA INOCENCIA,

QUE EN LA SOLEMNE FIESTA HECHA

Á LA INMACULADA CONCEPCION

DE MARIA SANTÍSIMA N.ª S.ª

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

DE ESTA NOBILÍSIMA CIUDAD DE CÁDIZ

EL DIA 8 DE DICIEMBRE DE 1803

DIXO

EL DR. D. FELIX VERANES,
PRESBÍTERO, CATEDRÁTICO DE TEOLOGÍA, OPOSITOR Á CANONGÍAS, Y Á LOS CURATOS DE ESTE OBISPADO, PREDICADOR DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO POR EL EMMO. Y EXMO SR. CARDENAL DE BORBON, SÓCIO DE NÚMERO DE LA REAL SOCIEDAD PATRIÓTICA DE LA HAVANA, Y CAPELLAN DE LA REAL ARMADA.

Impresa por D. Manuel Santiago de Quintana, calle de la Verónica N. 149.

Cádiz 17 de Dic.e de 1803.

Por lo que á nos toca no se nos ofrece reparo alguno en la impresion de este Panegírico.

Dr. Nicolas.

Cádiz 21 de Dic.e de 1803.

Imprímase.

Solana.

SANCTIFICAVIT TABERNÁCU-

lum suum Altíssimus.

SANTIFICÓ EL ALTÍSIMO SU

Tabernáculo. *Psalm.* 43. ℣ 4.

Ilustrísimo Señor:

Llegó por fin el venturoso dia en que el hijo de Dios habia de dar cumplimiento á sus promesas. Se acercaba ya la plenitud de los

tiempos, que le habian de ver en el mundo baxo la figura de carne habitar en las entrañas de una muger, formarse de su sangre, pasar por todos los trámites que la naturaleza observa desde la formacion del feto hasta la cabal exîstencia de sus criaturas, y en una palabra, en que debía hacerse verdadero hombre para redimir al hombre. Pero Señor, si no hay sobre la tierra un lugar siquiera exênto del pecado, dónde ha de hospedarse el autor de la gracia? dónde ha de residir este ser inmenso para quien son estrechos todos los espacios? Era necesario,

decía el Padre San Anselmo, un Tabernáculo escogido, separado de esta masa corrompida, adornado con aquella primera inocencia de que estaba revestido Adan quando salió de las manos de Dios; era necesario un lugar santificado por él mismo, y enriquecido con quantas gracias fuera capaz una criatura.

Ved aquí el asunto que ocupa hoy toda la atencion de la Iglesia. El Padre San Agustin mira eslabonados todos los acaecimientos del mundo con relacion á este libertador, y á la verdad que entre tantas sombras figurativas, la santifi-

cacion de este Tabernáculo parece que debía ser el primer paso del Mesias para venir á la tierra; y está uno y otro tan enlazado, tan oportunamente conexô, que apenas podemos hablar de la morada, decía el dulcísimo Bernardo, sin contemplar al morador.

Baxo esta idea, que es la mas natural y mas congruente, ¿qué razon, qué alma bien complexîonada será capaz de dudar la extraordinaria copia de gracias que se agolparían á aquel espíritu candidísimo que volaba de las manos de Dios para dar vida á la que habia de

ser Madre de Dios mismo ? El entendimiento, Señor Ilustrísimo, se fatiga, y apenas la imaginacion puede seguir su vuelo rápido quando se introduce en el abismo de la gracia, y contempla á la Omnipotencia árbitra y sin límites edificando su Tabernáculo; y en este dia en que la Iglesia consagra sus oficios á la memoria de este precioso instante, quando por todo el ámbito de la cristiandad resonarán ahora los cánticos mas alegres, quando los oradores sagrados apurarán en este momento quanto tiene de mas precioso el arte de

persuadir, yo me siento animado de aquellos deseos que en otro tiempo hicieron pedir al Apostol las lenguas de todos los ángeles y de todos los hombres, y aun quería yo tambien las de todas las criaturas, para poder hablar de un asunto tan sublime.

¿Y me será lícito en la interrupcion de estos sagrados misterios salir ahora formando la apología de una verdad grabada hoy dulcemente en los corazones de todos los fieles, y colocada en triunfo sobre nuestros altares? Lexos de mí un pensamiento poco

decoroso á la sublimidad del asunto, y á los labios de un orador nacido baxo la catolicísima dominacion de España. Ella ensalza hoy este misterio sobre todas sus solemnidades, y yo no puedo dexar de concurrir por mi parte á la alegria universal que el Sacerdocio y el Imperio enlazados tiernamente como la paz y la justicia extienden hoy sobre los dos Mundos. Os excitaré pues à cantar *el triunfo de la inocencia* en la santificacion de Maria: vereis en primer lugar á aquella sirviendo de adorno al Tabernáculo del

Altísimo, y en segundo al monstruo antiguo hollado por ella misma. Mas claro, vereis *la inocencia y la soberbia*, aquella exâltada, ésta abatida; dos pensamientos que en este breve rato ocuparán toda vuestra atencion.

Pero buen Dios, sin vuestro auxîlio toda lengua es balbuciente. Vos que sabeis purificar los labios de los Profetas, y derramais quando quereis los dones de vuestro Espíritu, no olvideis la necesidad que tiene hoy el menor de vuestros ministros del talento de la palabra. El asunto que

habeis confiado á las mias os debe interesar mas que la embaxada de Moyses á Faraon, y los vaticinios de Isaías, porque pertenecen directamente á vuestra gloria las que resulten á vuestra Madre. Hacedme pues en este momento eloqüente como al primero, y purificad mis labios con el fuego de ese altar, como lo hiciste con el segundo. Y vos, inocentísima Criatura, permitidme agregar al triunfo en que sois conducida por vuestros adoradores estos rasgos de mi lengua, no como trofeos de una mesquina y

esteril eloqüencia, sino como un tributo sencillo y religioso.

AVE MARIA.

SANCTIFICAVIT TABERNÁCU-

lum, &c.

PRIMERA PARTE.

La inocencia, Ilustrísimo Señor, ese precioso don emanado del seno de la Divinidad, y comunicado al espíritu semejante á ella misma en el momento que comenzó á exîstir al soplo del Altísimo: esa cándida ropa cortada de una propia tela para que vistiesen el angel y el hombre, y que en la

primavera de su vivir sacrificó el primero á un rapto de su orgullo, y vendió el segundo al precio de una débil condescendencia: la inocencia, que tanto ha hecho gemir el universo, pues rebozados los cielos en llanto lo hicieron caer á manera de lluvia sobre la tierra recien formada todavia, y ya empapada en unas lágrimas, que siendo inútiles despues del crimen que las habia excitado, solo servirán para llevar la imagen de la perfidia cubierta de dolor hasta donde lleguen los rasgos del primer historiador del universo: la

inocencia, en cuya pérdida parece que se desplomaron las puertas del mundo, quedando no sola ella sepultada en sus ruinas, sino todas las virtudes y gracias que la servían de adorno; en tanto que el pecado viendo confundidas con el polvo la sabiduría, la amable paz, la inmortalidad misma, hizo su entrada en triunfo, pisando estos despojos, y trayendo de la mano al monstruo de la muerte, segun el pensamiento de San Pablo: la inocencia, en fin, que el hombre desconoce, porque dominado de su contraste solo percibe la inclina-

cion al mal, y el amor al desorden; porque se siente atraido por una fuerza, segun él dice, irresistible, por unos estímulos que nacen de su carne, por unos resortes contrarios á su espíritu, que el Apostol llamaba *leyes de sus miembros.*

Esta inocencia, Ilustrísimo Señor, esta alhaja inestimable del cielo ha estado desterrada del mundo casi desde la época de su creacion; el hombre despues de haberla perdido no podia encontrar en todo lo que le rodeaba ni aun siquiera imágenes que le suscitasen

ideas de ella; porque si alguna vez el entendimiento la percibía á lo lexos, como suele la vista divisar algun pequeño objeto en el orizonte, se le desaparecía rapidamente, interponiéndose para ocultarla una negra y pavorosa nube formada del humo de la lascibia y de la sensualidad, del vapor de la soberbia y de la elacion, y del fuego de la envidia, del ódio y de la discordia, frutos terribles de aquel delito antiguo que corrompió toda la masa de nuestra naturaleza.

¿Dónde estás, inocencia fugi-

tiva? Dónde te has acogido despues que fuiste arrojada de aquel ameno y delicioso sitio donde te destinó el Criador? Dónde estás, que mis ojos no te encuentran en el quadro de la venerable antigüedad? Solo veo que el pecado viola tus derechos, acomete tus propiedades, subleva en las alturas la tercera parte de aquellos que gozaban tus delicias, y baxa á la tierra para arrebatarte de las manos el mas precioso de todos los seres. Yo te veo salir avergonzada del paraiso, cubrirte el rostro y ocultarte á la vista de

la propia naturaleza, al mismo tiempo que á ella la advierto confundida en un abismo de calamidades. Dónde estás ?

Pero ¿ dónde habia de estar ? La tierra habia corrompido todos sus caminos, y solo el cielo pudo servirle de asilo en la revolucion universal del hombre : solo en el cielo podía esperar el cumplimiento de aquel oráculo amenazador, que aun en la confusion de las pasiones se dexó oir en el paraiso, de que una hija del mismo Adan habia de quebrantar la cerviz del monstruo que originó su ruina,

quando una mano todopoderosa quitase de encima á esta generacion aquel yugo pesadísimo que era incapaz de sacudir ella misma. Pues ¡gran Dios! apresurad los siglos, no dilateis mas nuestras esperanzas; desgágense las nubes, y llueva sobre nosotros envuelto en rocío ese Justo anunciado por los profetas, deseado por los patriarcas, figurado por la ley, y llamado con tanta ansia por los vivientes de mas de quatro mil años. Vuelva, Señor, á verse en medio de nosotros esa inocencia desconocida hoy sobre la tierra.

Asi clamaba el hombre quando la diestra del Omnipotente trazaba en Nazaret el Tabernáculo que segun Isaías habia de recibir dentro de sí al Unigénito del Padre. Estos eran los deseos de los justos quando en los eternos consejos se estaba preparando el precioso fruto de dos ramas del tronco fertilísimo de Judá, de dos raices que habia hecho fecundas el rocío de la gracia y el calor de la justicia, de la virtuosa Ana y del justo Joaquin. Estos dos sarmientos preciosísimos habian de hacer germinar aquella vara de Jesé, que

con el tiempo produciría una flor donde descansase el espíritu divino: *Virga Jesé virgam producit, virgoque floruit, & super hunc florem requiescit spíritus almus.* ¡Qué ideas, Señores, tan magníficas! Qué torrente tan copioso de bendiciones se agolpan á mi imaginacion en este instante! Aquí debía venir un angel á desempeñar este asunto, porque ni mis luces alcanzan á comprehender los tesoros de la sabiduría, ni mis labios serán capaces de explicar dignamente las obras de la gracia.

Figuraos, dice un Profeta, (a) el trono altísimo de la gloria con toda su hermosura y magestad trasplantado desde el principio en el lugar de nuestra santificacion: *Solium altitudinis gloriæ á principio, locus sanctificationis nostræ.* Figuraos, dice el profundísimo Agustino, á la Omnipotencia construyendo un seno donde habia de habitar todo un Dios; formando una criatura, cuya sangre debía ser su sangre misma, cuya carne habia de producir aquella carne redentora, cuya humanidad

(a) Jerem. cap. 17.

toda habia de reproducirse en otra divinizada. Figuraos por último, dice el Padre San Anselmo exponiendo al Profeta que acabais de oir, figuraos al trono de la Deidad, aquel trono resplandeciente convertido en esotro, donde toda la magestad de Dios se dignaba hacerse hombre: *Tronus Deitatis in quo Deus majestatis dignatur homo fieri.* ¡Gran Dios! Si el trono en que habitais es inaccesible; si los rayos de luz que despide no permiten mirarlo, ¿qué adornos serán los de esta criatura para que brille como él?

Quien causará este explendor extraordinario?

Tú, inocencia fugitiva, tú fuiste la que despues de tantos siglos de ausencia baxaste del cielo para adornar esta alma pura con quantas gracias te dispensó la Providencia. Tú fuiste el patrimonio que quiso vincular el Eterno en esta hija de su amor. Qué bella te presentas hoy en la tierra! Qué agradable apareces á nuestros ojos! La serenidad del dia al tiempo de amanecer, todavia respirando el fresco de la aurora, no es sino la imagen de tu

hermosura. ¡Quien me diera á mí aquellas suavísimas frases que el autor de los cantares pone en boca de los Esposos en las emociones de su ternura, para poder celebrar tu llegada en este dia!

Ven, pues, hermosa criatura, la mas amada de nuestro Dios; ven, que ya te espera esta venturosa hija de Adan; apresúrate antes que la contamine el vapor negro que despide la carne, porque hoy ha de quedar vencida aquella antigua serpiente que abusó de las gracias de Eva para seducir aquel hombre desdichado; abrevia tus

pasos, que otra Eva mas feliz que aquella vá á vengar ese golpe tremendo que te arruinó para siempre.

Entretanto, Señores, la inocencia se acerca, y llega tan intimamente unida al alma de *MARIA*, que el primer instante de su vivir fué el primero de su gracia y de su santificacion, quedando de este modo cumplido el oráculo del Real Profeta, que me ha servido de asunto; un torrente de gracias llena de alegria la ciudad santa de Dios, con el qual el Altísimo santifica su Tabernáculo: *Flu-*

minis impetus lætificat civitatem Dei: sanctificavit Tabernáculum suum Altíssimus.

Este es aquel dia previsto para que la inocencia triunfase del pecado. Esta es la victoria que manifestó el cielo con aquella señal grande que en uno de sus éxtasis observó el Evangelista San Juan: *Signum magnum apparuit in Cœlo.* Esta es aquella gran vandera, como entienden otros, en señal del triunfo conseguido por una muger á quien servía de adorno el mismo Sol: *Vexillum magnum::: mulier amicta Sole.* ¿Y

quien es esta muger rara, decía el siempre dulcísimo Bernardo, quien puede ser esta muger sino la augustísima MARIA? ¿ *Quæ est ista mulier nisi augustíssima MARIA*? Tú, ó Reyna de los ángeles y de los hombres, tú sola, porque tú sola has aparecido en el mundo con aquella investidura blanca que mancharon nuestros padres. Sea pues eterno tu triunfo, y glorificada tu inocencia en este dia por todas las criaturas, y por todas las generaciones.

¿ Habeis visto triunfante la

inocencia? Pues veamos la soberbia abatida por ella misma.

SEGUNDA PARTE.

Dixo muy bien el Sábio, Señor Ilustrísimo, que la soberbia fué el principio de todo pecado, porque segun observa el Padre San Gregorio, no solo corrompió la naturaleza angélica, sino que extravió la inocencia del hombre: *Per hanc enim Diabolus succubuit, per hanc se sequentem hominem stravit.* En ambas ocasiones acestó el tiro este maldito deseo de superioridad;

en el cielo exclamó Lucifer *Seré semejante al Altísimo*, y en la tierra se insinuó por una oferta parecida á aquella, *Sereis como dioses.* El hombre como nacido para ser grande y señor de todas las criaturas, ha conservado siempre en su interior estas primeras impresiones de su origen; hallando continuamente en su corazon no sé que secretos dictámenes de su propia excelencia que no le borró del todo su caida, se entregó desde el principio á tan lisongeras inclinaciones, y solo intentó irse elevando de grado en

grado; pero no hallando acá en la tierra nada que pudiese satisfacer á una alma criada para reynar con su Dios, subió mas arriba de las nubes, y se colocó al lado del Altísimo.

Esta raiz de la soberbia, tan antigua casi como el corazon del hombre, y tan sutil como la misma luz, ha quedado desde aquel tiempo presidiendo al mundo en todos sus consejos. ¡Qué furores y guerras no ha encendido en la tierra! Qué torrentes de sangre no ha derramado sobre el universo! ¿Qué otra cosa es la

historia de los pueblos y de los imperios, de los príncipes y de los conquistadores; qué otra cosa es la historia de todos los siglos y de todas las naciones mas que la historia de las calamidades con que la soberbia ha afligido á los hombres desde el principio del mundo? Todo el universo no era mas que un teatro lúgubre, en que esta altiva é insensata pasion presentaba todos los dias nuevas sangrientas escenas; pero esto que se veía exteriormente no era mas que una imagen de las inquietudes que el hombre soberbio pade-

cía dentro de sí mismo. El deseo de elevarse se miraba como virtud, la humildad era desconocida, la moderacion pasaba plaza de cobardía: un hombre solo trastornaba su patria, arruinaba sus leyes y sus costumbres, y hacía á muchos hombres infelices por usurpar el primer puesto entre sus conciudadanos, y manchado con la sangre de sus hermanos se hacía famoso en los anales públicos. ¡Qué exemplos, Ilustrísimo Señor, nos ofrece la historia de nuestros dias! Quien me diera aquí un pincel mojado en la mirra mas amar-

ga, sería necesario empaparlo bien para poder dibujar al vivo tantos simulacros de sangre coronados de laureles por la soberbia.

Por otra parte vemos á esta misma pasion, aunque menos furiosa, pero no menos viva. El orador y el filósofo se disputan y se usurpan la fama, que es el único fin de sus trabajos y vigilias: el abaro y el pródigo cada uno canoniza sus vicios: la hermosura y la libiandad á caza de adoradores cada qual se excede soberbiamente en merecerlos: hasta el justo, Ilustrísimo Señor,

que debía estar á cubierto de sus asechanzas, no se vé libre de esta ponzoña sutil; ella penetra las puertas del santuario, se extiende por sus recintos, sube por esas gradas hasta el altar para coinquinar sus ministros, disfraza sus ilusiones, y el hombre privilegiado que cree venir del cielo en su auxîlio una luz extraordinaria, solo encuentra relámpagos engañosos á manera de aquellos fuegos fátuos, de aquellos fósforos luminosos que en la obscuridad de la noche despide de sí la tierra, producidos por una imaginacion re-

calentada, y consagrados por una vanidad oculta. Las Priscilas, Ilustrísimo Señor, nos han enseñado á desconfiar de un camino, que baxo el pretexto de conducirnos á la perfeccion, nos conduce al precipicio; que lisongea el apetito sin corregir la virtud, y quando uno cree estar mas lleno de Dios, solamente está lleno de sí mismo.

Este monstruo sangriento, dominador de todas las acciones del hombre; este veneno mortífero, que circula por nuestras venas, reconcentrado, digámoslo asi, en la masa de nuestra sangre, era

necesario fuese vencido en este dia por la inocencia original, sobre cuyas ruinas erigió su altar el enemigo comun. Sola MARIA podía en la posteridad de Adan lograr este triunfo, porque sola su alma exênta del pecado y enriquecida con todas las gracias por un extraordinario privilegio de su Autor, podía manifestar al mundo tantas virtudes quantos fueron los despojos que el Demonio sacó del Parayso.

En efecto, su inocencia triunfó con estas armas de un enemigo hasta entonces victorioso;

porque si la soberbia cubrió de nubes la razon de nuestros Padres, la inocencia ilustró el entendimiento de MARIA con los luminosos rayos de la Sabiduría; pero ¿de qué sabiduría? de aquella que penetra las raices mas profundas de la naturaleza, y los senos mas ocultos de la gracia: si la soberbia corrompió sus corazones, dexándolos contaminados con la crápula de la culpa, la inocencia rebiste el de MARIA de aquel candor puro, de aquella estola inmaculada que la asemeja al Cordero: si la soberbia pre-

cipitó á nuestros Padres, desordenó sus inclinaciones, excitó sus apetitos, incendió sus pasiones, y fixó para siempre sus voluntades en el mal; la inocencia rectifica la de MARIA, para que esté firmemente adherida al buen órden, para que no se incline sino á lo recto, ni pise jamas otras sendas que las de las virtudes.

Ha! ¿Y quales no fueron las de MARIA en el discurso de una vida dilatada? ¿Que no tuviera yo tiempo en esta mañana para seguir sus pasos, y presentaros á

cada momento una alma siempre llena de justicia y santidad? La veriais entonces excediendo á quantos hombres extraordinarios hubo en los siglos antecedentes en cada una de las virtudes en que sobresalieron. La admirariais con una fe mas viva que la de Abrahan, mas inocente que Isac, mas paciente que Job, mas obediente que Moyses, mas amante que David, mas::: pero sería interminable si quisiese formar un paralelo con cada uno de los justos. Su humildad sola basta para abatir la soberbia.

Su humildad ::: ah! Una muger descendiente de los Reyes de Judá, una muger escogida del Cielo para instrumento de uno de los mayores misterios, una muger visitada en su parto por tres Monarcas del Oriente, una muger reconocida de muchos por Madre del Mesias, una muger, por último, á quien adoraban los ángeles. Ah! ::: ¡Qué ocasiones estas! Qué estímulos para elar un corazon menos justo que el suyo! Sin embargo, todo este cúmulo de incentivos solo sirvió de radicar mas y mas la opinion

de sí misma, que manifestó al Angel al recibir la embaxada del Cielo: *Ecce ancila Dómini.* Ved aquí la esclava del Señor. ¡Gran Dios! ¡Esclava se apellida vuestra Madre, el santuario de la inocencia, el alcazar de todas las virtudes! ¡Esclava se titula la Hija del Eterno Padre, la Reyna de los cielos y de la tierra! El Bautista mismo escusándose de admitir el nombre de Mesias que le daba el pueblo á vista de su penitencia y sus prodigios, no me parece tan humilde como esta muger santa.

Ó soberbia orgullosa, que tan vanamente inflas los pechos de los mortales, ¡con quanta confusion has visto á esta criatura pisar los lazos en que haces caer frecuentemente aquellos infelices! Confúndete en su presencia, baxa esa cerviz erguida hasta ahora, besa sus sagradas plantas, y admira la heroicidad con que desprecia el humo de los inciensos que por todas partes le rodea. Nacida en un siglo corrompido, supo brillar en medio de la inmundicia; llena de méritos y virtudes, se contempló indigna; siendo señora de

todo lo criado se titula esclava, porque sabía muy bien que las alabanzas que hoy le tributan todas las generaciones no se habian de fundar sobre el dictámen de los soberbios, sino sobre la humildad de sierva que manifestó en la presencia del Señor: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ; ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.*

Venid, espíritus celestiales, venid á ver sobre la tierra esta vision grande, mayor que aquella que llamó la atencion de Moyses: *Vadam & videbo vitio-*

nem hanc magnam. Venid, vereis esta misteriosa zarza cercada por todas partes del fuego, y no solo no consumirse como la de Oreb, pero ni siquiera incendiarse: venid y vereis aquella inocencia primitiva que llorasteis perdida en otro tiempo, restaurada hoy sobre la tierra: venid y admirareis aquel monstruo horrendo, que osó levantar su voz y poderío en esa mansion de paz en que habitais, huir hoy avergonzado y rastrero á los pies de una hija del desgraciado Adan: venid, por último, y vereis esta criatura pro-

digiosa adornada por el Altísimo para que sirva de Tabernáculo: *Sanctificavit Tabernáculum suum Altíssimus.* ¿Qué mas diré, Señores?

Que lleguemos nosotros tambien á ver este portento, pero no con solo espíritu de curiosidad, sino con la efusion de nuestros corazones. Cantemos con la Religion *el trinnfo de la inocencia*, unamos nuestras voces á los cánticos sagrados que hoy resuenan en este templo; el Arca de Israel estubo venerada aun en el de Dagon, y el mismo ídolo ca-

yendo á sus pies respetó la magestad y la gloria del que residía en ella. ¿Será mas infortunada esta Arca de la nueva Alianza, que no haga caer en su presencia los ídolos que exîstan en nuestros corazones?

Sí, Virgen purísima, queden deshechos á vuestros pies los simulacros del pecado, agréguense como despojos al triunfo de vuestra inocencia: y pues os veneramos como Patrona baxo este precioso título, cuidad de vuestros Clientes, y haced con vuestro Hijo que renazca en nosotros esta fe-

liz inocencia que han restaurado las aguas del Bautismo; purifiquen nuestras almas, háganse dignas por vuestra mediacion de entonar eternamente el cántico de gracias al Altísimo en la mansion de los escogidos.

A M E N.